

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Clemencia Jacquet

La primera humanidad

Remontando con el pensamiento el curso de los siglos, he intentado muchas veces formarme una idea del aspecto que ofrecía la tierra cuando hicieron su aparición los primeros hombres. Mucho nos ha inquietado el nacimiento de estos primeros hombres antes de que los trabajos de los naturalistas vinieran á esclarecer lo que para mucha gente parecía impenetrables tinieblas.

Actualmente se sabe ya no tan sólo de donde vienen los hombres, sino también cómo y porqué el antepasado animal se convirtió en un hombre. Hubo en esto un simple fenómeno de adaptación al medio ambiente, el mismo fenómeno cuya acción se ha dejado sentir sobre todos los seres para darles los medios, de subsistir y de perfeccionarse.

El día aquel en que algunos monos, por la fuerza de las circunstancias, tuvieron que abandonar la vida entre las ramas de los árboles para acomodarse á la existencia esencialmente terrestre, aquél día nació la humanidad. Una humanidad débil, físicamente inferior á todos los demás mamíferos, pero que creció y se perfeccionó precisamente en razón de sus causas de debilidad.

No quiero rehacer la historia de la adaptación animal; recordaré únicamen-

te que los primeros vertebrados tenían un organismo mal definido que les ponía en la absoluta alternativa de modificarse ó de desaparecer; pero al mismo tiempo este organismo estaba dotado de una singular flexibilidad y pudiendo prestarse á todos los regímenes, permitió á sus poseedores acomodarse á todas las circunstancias y tomar la forma más propia para asegurar su subsistencia. Unos se dedicaron á la caza y todos sus órganos se modificaron en virtud de esta función; otros se hicieron pescadores, otros herbívoros y algunos permanecieron omnívoros, es decir, que podían indistintamente hacer uso de la carne ó de los vegetales.

El organismo de los omnívoros no se especializó gran cosa, y como no adquirieron la misma seguridad para cumplir las funciones vitales, viéronse obligados á diversificar mucho más sus recursos, resultando un mayor desarrollo de su inteligencia.

Los monos se encuentran en este último caso, así como sus descendientes los hombres. Pero los monos viven en los árboles donde encuentran abrigo y alimento; sus miembros de trepador no dejaron de ser un obstáculo á sus herederos humanos. El cambio de estatura

y las modificaciones del esqueleto fué una de las más importantes diferenciaciones entre el hombre y el mono, si bien esta diferenciación no impide reconocer la filiación que entre ambos existe.

Y aún es necesario admitir que en su origen el cambio fué muy poco apreciable. Sucedió con los hombres lo que ocurre en todas las cosas, que pasaron de una clase á otra superior de una manera tan insensible como lenta, en una palabra, evolucionaron.

Los grandes monos antropomorfos saben ya mantenerse derechos apoyándose en un palo. Los hombres dejaron este punto de apoyo y sus pies, acostumbrándose á la marcha y á la carrera, perdieron la facilidad prehensora para transformarse en soportes móviles. Los brazos se acortaron, el torax se ensanchó y la faz disminuyó de largura mientras el cráneo adquiría más importancia.

Todos estos cambios se efectuaron bajo el imperio de la necesidad. Si los primeros hombres hubiesen encontrado siempre el alimento en abundancia, si jamás hubiesen tenido que sufrir el frío, el calor, la lluvia y la sequía, no se hubieran ingeniado más que los demás animales para preservarse de todos estos males.

Es de creer que, á consecuencia de circunstancias imprevistas y múltiples, como accidentes geológicos, emigraciones, etc.; encontrándose los monos en lugares desprovistos de árboles y privados, por consiguiente, de su ordinario ambiente vital, la necesidad de vivir les hizo utilizar los medios que se les ofrecían para conjurar el peligro de muerte y les convirtió de este modo en hombres. Pero esta no es más que una opinión personal que emito con todas las reservas y por lo que valer puidere.

El medio más poderoso de adaptación y de resistencia ante las dificultades de la vida, ha sido la asociación. Mientras los hombres vivieron aislados unos de

otros, no pudieron salir decididamente del estado animal. El primer paso hacia la humanidad data del momento en que los individuos de una misma familia permanecieron unidos y formaron pequeñas comunidades en las que todos los miembros practicaban la solidaridad entre ellos.

Es imposible fijar el momento preciso del comienzo de la vida social de los hombres, pero podemos decir que el fuego y la construcción de las cabañas-abrigo eran ya conocidos. Todos los individuos pertenecientes á una misma comunidad habitaban la misma casa y las comunidades parientes permanecían unidas en una sociedad más extensa llamada *clan*.

Mi propósito no es hacer un estudio detallado del clan, estudio que ya han hecho muy concienzudamente autorizados sabios. Me propongo tan sólo hacer resaltar las ventajas que los hombres reportaron de la asociación comunista.

El primero de estos beneficios fué la adquisición de la palabra ó lenguaje articulado.

El lenguaje no es propio únicamente del hombre. Los animales que viven en sociedad, las hormigas, por ejemplo, poseen el medio de comunicarse sus impresiones, de poner en conocimiento de la colonia los hechos útiles, pedir el auxilio de sus semejantes, etc.

Nuestros animales domésticos, sobre todo los más familiares, como el perro y el gato, saben variar las entonaciones de sus gritos para hacerse comprender de nosotros; se han construido una lengua expresiva, aunque inarticulada, y varios anatomistas distinguidos afirman que nada hay en la laringe de los monos que se oponga á que puedan hablar.

El hombre ha pasado, por lo tanto, por un período durante el cual no poseía más que el grito como modo de expresión. La necesidad de hacerse entender de sus compañeros en la vida social, le

hizo modular este grito primitivo, al que agregó el gesto y la expresión móvil de la fisonomía, la mímica, y por último, logró formular sílabas y asociarlas en palabras.

Para comprender mejor de qué modo los hombres han logrado poder hablar, es necesario tener presente que la vida de cada uno de nosotros es una evolución en que cada fase recuerda sumariamente la historia de la raza á que pertenecemos; por consiguiente, en los primeros balbuceos del niño que intenta hablar hallamos el esbozo de lo que fué la adquisición del lenguaje articulado para la humanidad. Las primeras palabras que se escapan de los labios del niño son simples monosílabos, modificaciones del grito que imita el ruido de los objetos exteriores relacionado á uno de sus caracteres más salientes, el cual produce una impresión viva en el niño. Estos monosílabos ú onomatopeyas se encuentran igualmente en el vocabulario de los pueblos más inferiores.

Después de esta primera fase viene la de la duplicación, ó doblamiento de la sílaba, que expresa ya una impresión más fuerte; esta duplicación, tan común en los niños de uno á tres años, constituye el fondo de la mayor parte de las lenguas jóvenes ó que han sufrido una paralización en su desarrollo.

En estas dos etapas del lenguaje humano la entonación juega el primer papel. En su vocabulario muy restringido, los primitivos emplean á menudo una misma palabra para significar cosas muy diferentes, y la acentuación de la palabra es lo que fija su sentido.

De este modo el lenguaje de los miembros de las primeras comunidades se redujo verosimilmente á onomatopeyas y duplicaciones diversamente acentuadas, con un vocabulario muy pobre al que la expresiva mímica tuvo que prestar su concurso. Claro está que las flexiones gramaticales no existían, pues la abs-

tracción analítica no estaba al alcance de nuestros primeros antepasados.

Después de haber encontrado el medio de comunicarse directamente, se establecieron relaciones amistosas de clan á clan, tuvieron enseguida necesidad de comunicarse á distancia é inventaron las artes gráficas, el dibujo y la escritura, que no es más que un dibujo compendiado.

Las primeras correspondencias se hicieron por medio de dibujos trazados en los bloques de piedra que sobresalían del suelo; figuras groseras, aunque lo suficientemente expresivas para que aún hoy podamos comprender perfectamente lo que significaban. Significaban, á veces, que el clan, antes de partir para la caza, advertía á los clans amigos la presencia de la presa en una dirección determinada; otras veces los dibujos representaban un peligro que debía evitarse y que le había obligado á huir. Algunos indican la situación de los lugares, simples esbozos de mapas geográficos.

Otro de los medios de comunicación á distancia que poseían y que emplearon durante mucho tiempo, consistía en encender grandes hogueras en un sitio elevado. De este modo anunciaban por lo general una buena presa efectuada y llamaban por este medio á los amigos al festín.

Al mismo tiempo que adquirían los medios rudimentarios de entenderse, iban haciendo otras adquisiciones preciosas, como el invento de las primeras artes y los primeros productos del trabajo salidos de sus manos.

Pero no quiero hacer precisamente hincapié en la parte material de su evolución. Lo que me interesa es dar á conocer las transformaciones morales.

Antes de vivir en sociedad el hombre era un bruto repugnante. Bajo el régimen del clan comunista adquirió su personalidad moral y todas sus cualidades

simpáticas que hubiera desarrollado en toda su grandeza si la primera forma social hubiese seguido su evolución regular.

En el clan primitivo la vida no era posible sino á condición de que todos sus miembros concentrasen sus esfuerzos en un trabajo común; la solidaridad estrecha era, pues, la consecuencia de esta necesidad que todos tenían del vecino. El bien ó el mal de un individuo repercutía sobre toda la comunidad. Aquellos hombres tan groseros en su vida material tenían delicadezas morales que á menudo nos faltan á nosotros y que hallamos en razas que aún no han traspasado el período del clan.

Aunque dominados por la vida material, bajo la continua sugestión de los gritos del estómago muchas veces insatisfecho, jamás aquellos hombres, cuyo placer supremo era el comer, efectuaban una captura sin hacer partícipes de ella á todos los clans amigos. La necesidad animal de cada individuo cedía el paso al altruismo. Del mismo modo no entraba nunca un individuo en una cabaña en el momento de disponerse á comer sus moradores sin que recibiera enseñada su parte de alimentos.

Los derechos de todos eran respetados rigurosamente, y á ningún miembro del clan se le hubiera ocurrido sustraer una parte del bien común; tomaba su parte, nada más que su parte, y respetaba la de los demás.

Esta estrecha necesidad de la asociación por la vida, muy sensible en sus comienzos, cuando todo lo que podía librar al hombre de los peligros exteriores tenía aún que inventarse y descubrirse, enseñó á los hombres á no entregarse impulsivamente á todas sus sensaciones ni á todos sus deseos; les enseñó á saber distinguir lo que era bueno, es decir, útil á todos, de lo que era malo, es decir, perjudicial á la comunidad.

Bastaba la pública opinión para mantener á cada uno en su deber. Verdad es que al lado de las obligaciones que interesaban la solidaridad social, existían otras bien inútiles, muy parecidas á la mayor parte de las prescripciones religiosas que pesan sobre la conciencia de los creyentes falseando su razón. Sabido es que el hombre es tanto más estricto en moral, tanto más severo, cuanto menos desarrollado está intelectualmente.

Sea lo que fuere, aquellos deberes que cada individuo respetaba con verdadero fanatismo, cuya infracción no recibía más sanción que el público reproche y el remordimiento del culpable, fueron un saludable freno para hacer surgir el hombre del bruto.

Es digno de notar que en el clan se educaba á los hijos con dulzura, sin maltratarles nunca, atendiendo á todas sus necesidades.

Desgraciadamente estos sentimientos de altruismo, de solidaridad, solamente existían entre los miembros de los clans amigos, y todas las comunidades que no formaban parte de la alianza eran consideradas como enemigas y tratadas con toda aquella ferocidad que dominaba aún entre los primitivos.

Las guerras eran continuas, verdaderas cazas al hombre en que los vencidos eran muy frecuentemente devorados por los vencedores. Dura ley del canibalismo impuesta por la penuria de los recursos alimenticios en una época en que el cultivo de la tierra y la ganadería eran desconocidos.

Se puede y debe excusar esta crueldad forzada de los primeros hombres debido á su inconsciencia, á su grosería, pero sin desconocer las terribles consecuencias que ha reportado á la humanidad.

Si en lugar de dividirse los clans en grupos enemigos hubiesen sabido extender su asociación, las consecuencias hubieran sido bien diferentes. Los es-

fuerzos intelectuales empleados en el ataque y en la ferocidad se hubieran empleado en descubrimientos útiles; los sentimientos de justicia y de solidaridad se hubieran robustecido y desarrollado, y los hombres, en lugar de

caer por derecho de conquista bajo el poder de los más fuertes, de los más brutales, hubieran vivido más felices bajo el régimen comunista que garantizaba su libertad y favorecía su evolución.

Claudio Jóvenes

Comentarios

En la evolución del darwinismo sociológico se ha puesto de relieve, dándonos una visión consoladora de Justicia, la virtualidad creciente y robusta del principio Solidaridad.

Sin embargo, hay hombres reconocidos como pensadores, que en el estudio de un problema general, que por igual afecte al individuo y á la sociedad, no siempre han sabido sustraerse á la influencia perturbadora de los prejuicios ambientes, faltándoles, por consiguiente, aquella serenidad de juicio en la observación y aquellas precisión y exactitud en el análisis, que tanto recomienda el método verdaderamente científico, y sin cuyas condiciones necesariamente toda inducción es falsa.

Bien sabemos que un estudio habilidoso, nada serio ni profundo, de los fenómenos de la vida económica, ha llevado á las conclusiones más inhumanas, á la justificación del egoísmo inmoral y de la violencia primitiva. Observados y analizados estos fenómenos bajo la influencia depresiva de las grandes convenciones y prejuicios, al inducir su ley se ha proclamado como natural é incontrastable la lucha bárbara por la existencia, negando toda acción social de reciprocidad, cuya superior eficacia en las especies animales, el propio Darwin ciertamente ha constatado. Y he aquí que de una lucha brutal de intereses que tiene su base en el más profundo antagonismo, en los más grandes desniveles sociales, algunos han pretendido hacer la ley de la vida,

rebajando innoblemente al hombre al negarle toda cualidad moral y afectiva.

Cuando se proclaman las grandes ideas morales y sociológicas, las que informan el espíritu de nuestro tiempo; cuando por el Ideal de Bondad humana vemos realizarse heroísmos de voluntad y de conducta, cuando una misma aspiración generosa hace vibrar las almas de tantos hombres, se intenta en vano dar por buena la cruel sentencia de Hobbes «el hombre es un lobo para el hombre» justificando así la enorme injusticia social. La Solidaridad que es ley reguladora de la vida, ha sido consagrada como nuevo valor social, afirmándose cada vez más la virtualidad de su fuerza socialmente equilibradora.

Los más ilustres sociólogos exaltan el principio de Solidaridad. Pero quien lo ha estudiado de una manera profunda é incomparable ha sido Guyau, espíritu superior y magnánimo. En el fondo mismo del sér humano halló las raíces de la Solidaridad; según él, la conciencia individual es la expresión harmónica de una sociedad celular; siendo necesario para producir la conciencia que las células del organismo vibren solidariamente. La vida, pues, es una sociabilidad vibrante y simpática, deduciendo de aquí Guyau hermosas consecuencias sociales, morales y artísticas. Y no creais que eso sean divagaciones sùtiles, especulaciones de vidente; todas estas ideas se apoyan en la psicología moderna, mejor dicho, nacen de ella. Y al determinarse

las relaciones entre la psicología y la sociología, se ve que la sociabilidad que presenta el hombre considerado en su organismo individual, no deja de presentarla considerado como elemento ó célula del superorganismo social.

Tales ideas impulsan á los hombres á marchar hacia un nuevo estado consciente y armónico de vida social, donde la reciprocidad sincera, generosamente fecunda será la norma de las relaciones humanas. Los pensadores mezquinos, pseudo-darwinistas podrán afirmar lo contrario, pero los hechos no se niegan.

Actualmente, al movimiento formidable contra el Privilegio en todas sus for-

mas y concreciones, se le imprime un sello de intelectualidad que lo hace más intenso y vigoroso. Al lado de las asociaciones obreras caldeadas en la acción práctica, se fundan instituciones nuevas de cultura ética y social, cooperando con su labor difusiva á la renovación moral del hombre. Las manifestaciones serenas, noblemente emancipadoras de la ciencia y del arte alternan con los esfuerzos ardientes de la lucha económica. Y en este orden de relaciones moral y colectivo, se manifiesta, confortante para el espíritu, la virtualidad creciente del principio humano y social: Solidaridad.

Saverio Merlino

El lado fósil del socialismo contemporáneo

(Conclusión)

Para que las *masas se interesen* en su revolución, los socialistas marxistas acordarán pequeñas concesiones: repartirán bonos de alimentos y de albergue; devolverán á los campesinos el cincuenta por ciento de los débitos hipotecarios y les harán pagar el resto; á los obreros de las ciudades les darán el derecho de elegir sus administradores, jefes de taller y directores... Y todo esto tendrá que efectuarse en todas partes según un plan uniforme... Después, los poderes locales designarán los delegados que habrán de constituir el poder central.

La misma organización actual de los partidos nos da una idea de que modo se constituirán los cuadros del gobierno revolucionario.

Este tomará posesión, *en nombre de la nación* (¡viejo embustel!), y por medio de decretos, de la propiedad financiera primero, luego de la propiedad comercial y agrícola. Al pueblo no se le consultará. Esto *podría debilitar* la revolución; pero el gobierno dependerá únicamente de los grupos que lo hayan mandado al poder, ejercerá una *dicta-*

dura de clase y reprimirá, naturalmente, con energía, toda tentativa de oposición (1).

«El gobierno revolucionario—decía cándidamente el Congreso de Rohan (septiembre-octubre 1882)—será el único gobierno que después de Luis XIV habrá intentado mejorar la suerte de los propietarios campesinos.»

¡Mil gracias!

En suma, la dictadura revolucionaria es la última palabra de la escuela marxista.



«El Estado socialista no será como el Estado actual,» del propio modo que el Cristianismo no tenía que buscar su reino en este mundo.

Marx, Engels y muchos otros han hablado asimismo de abolir el Estado, pero es necesario hacerse cargo de que se quiere sustituir el Estado-político con un Estado-económico, el Estado-administración.

(1) Informe leído en el Congreso de Roubaix, 1884, resumido por G. Renard, folleto citado.

Hoy el Estado es hechura de la Propiedad, el criado de «aquellos que poseen algo;» mañana será Propiedad y Estado todo en una misma pieza. La organización del trabajo, que es una función social bien ó mal desempeñada hoy por el capitalista, aunque á beneficio suyo, se conferirá al Estado que se encargará de la dirección política de la producción y de la distribución jurídica de los productos. En una palabra, dejará de ser el «guardia-civil y notario» de la escuela individualista, para convertirse en Capitalista Universal.

De hecho, los marxistas conciben la sociedad futura como una gran compañía industrial, una especie de Compañía de las Indias corregida y aumentada, con sus *administradores*; á un lado los *funcionarios* y al otro los simples *trabajadores*. Estos se verán obligados á trabajar, y trabajarán por días, por horas, pero no se les pagará en dinero, esto se parecería demasiado á lo que actualmente ocurre, sino en *bonos de trabajo*.

Provistos de estos bonos de trabajo, se presentarán los obreros en los *almacenes nacionales* y adquirirán las mercancías que necesitarén. Estando ya la propiedad y los instrumentos del trabajo en manos del Estado, no se pagarán intereses, rentas, beneficios, etc.; pero en su lugar se pagará un enorme impuesto que servirá para mantener á todos los funcionarios, y también, sin duda alguna, para pagar jueces, policías y un ejército que (¿hay necesidad de decirlo?), en el porvenir, serán bien diferentes de los actuales.

En fin, dad al obrero el nombre de *asociado* (del mismo modo que durante el período de la revolución francesa se llamaba *oficiosos* á los criados), al capitalista el de *funcionario ó administrador*, á la moneda el de *bono de trabajo ó bono de una hora de trabajo*, al «Prin-temps» ó al «Bon Marché» el de *alma-*

cenés nacionales ó depósitos públicos, dejad el resto de la actual organización social tal como hoy es, y tendréis una imágen exacta del Estado Socialista.



Para que no se nos acuse de que exageramos las ideas erróneas de los socialistas por el placer de refutarlas cómodamente, dejaremos hablar á Jorge Renard, un socialista independiente que ha interpretado admirablemente el pensamiento de las diversas escuelas socialistas (1).

«El trabajo personal, al mismo tiempo *obligatorio* y libre, es la base del nuevo orden de cosas; se convierte en una función social *remunerada* por la sociedad. La parte de cada uno está naturalmente determinada por la *suma de trabajo* efectuado por la comunidad (página 23).

»Los productos serán distribuidos por medio de cada administración entre los diversos almacenes públicos establecidos en las ciudades y en los pueblos, y en estos almacenes cada uno se proveerá de lo necesario (pág. 26). Cuando un asociado se presente en los almacenes nacionales, diciendo: *yo he producido tanto, tengo derecho á tanto*, será simple cuestión de contabilidad (pág. 23).»

Verdaderamente es mucho decir: *yo he producido tanto*. En el punto de vista en que se coloca Renard, sería más justo decir: *he trabajado tanto*, porque es evidente que aquí no se trata de la productividad del trabajo; sino de la duración del trabajo realizado.

La producción es un hecho de la asociación; únicamente el trabajo es un hecho del individuo.

Pero ya se encarga el mismo Renard de explicarnos su pensamiento.

«Cada trabajador válido está inscrito en una ó varias Cooperativas en las cuales está *obligado* á hacer un dado

(1) *Revue Socialiste*, 1888.

tiempo (no ya suma, ni producción) de trabajo, como todo ciudadano está obligado a hacer su tiempo de servicio militar en un regimiento (pág. 26) (1).

«Se anotan en un registro las jornadas de trabajo que efectúa ó el producto que da y que corresponde á un número determinado de horas de trabajo... En cambio se le dan bonos que le permiten escoger en los almacenes de la nación los objetos de un valor equivalente. Con este sistema queda organizado el cambio (pág. 26)».

En los *qui pro quo* contenidos en las frases subrayadas está la quintaesencia del *Capital* de Carlos Marx; la valoración del trabajo según su duración, la reducción de cada trabajo, incluso el del inventor y el del estudioso, y el trabajo perdido en tentativas infructuosas, etc., á un simple trabajo medio, y la eliminación de toda circunstancia exterior que determine ó modifique la productividad del trabajo.

Ahora bien, Marx ha declarado expresamente que sus teorías eran relativas al período capitalista y que nunca podrían transportarse á otro sistema económico. ¿No se presenta, por lo tanto, el caso de repetir con el mismo Marx: «¿qué ilusión se hacen ciertas escuelas socialistas que se imaginan poder destruir el régimen capitalista aplicándole las leyes eternas de la producción mercantil?» (2).



Y en fin, por lo que concierne la organización y disciplina del trabajo, sigue diciendo Renard:

«Se organizarán, por medio del sistema electivo, ejércitos agrícolas é industriales para efectuar los grandes traba-

jos. Los mismos trabajadores nombrarán los encargados, inspectores y directores y redactarán ellos mismos (¡menos mal!) los reglamentos de los talleres en que trabajen (pág. 25)».

Evidentemente esto significa caer en pleno régimen de fábrica con sus capataces y vigilantes. Hubiera podido agregar también las multas y las expulsiones para mayor similitud.

Por otra parte... «Aquellos que tengan esta especie de bazar nacional (los susodichos almacenes públicos) no serán comerciantes, sino administradores, verdaderos funcionarios pagados según los servicios que presten, es decir, de las horas que consagren á poner en orden las mercancías y llevar la contabilidad complicada de estos vastos establecimientos» (pág. 26).

¡El funcionarismo como última palabra del Socialismo escientemente ó inescientemente marxista! ¡La apoteosis de las Compañías comerciales, de los *Fratelli Bocconi*, de los *Printemps* y de los *Bon Marché*, la separación del trabajo propiamente dicho de administración del trabajo manual, y por último, la remuneración del trabajo en lugar de la organización de las necesidades (comida, albergue, etc.), única forma posible de un trabajo realmente asociado!

El socialista Kautsky también imaginó, para responder á una dificultad del colectivismo, un sistema de competencia ficticia entre las diferentes especies de trabajo en un régimen socialista.

«Cada año (resume Renard con su proverbial exactitud la idea de Kautsky) el Estado socialista hará lo que se podría llamar, su balance: el consumo previsto y la producción necesaria. Las comisiones de estadística calcularán la suma de las necesidades de la nación para un año entero; la calcularán con exceso á fin de responder á cualquier imprevisto, por si las cosechas no fuesen suficientes, para poder preparar fondos de reserva,

(1) Únicamente fuera de los talleres la actividad material é intelectual podía revestir un carácter de libertad que la hará agradable. (Dewille, *Aperçu sur le Social.* pág. 34.)

(2) *El Capital*, pág. 257.

para los años de esterilidad, con el sobran- te de los años de abundancia».

»Estas comisiones sabrán el número de horas de trabajo que son necesarias para la fabricación de todos los productos y también el número de trabajadores. De este modo podrán determinar la jornada *mínima* de trabajo que cada uno tendrá que dar á la sociedad y al mismo tiempo la parte que á cada uno correspon- da de la suma de productos obtenidos, parte equivalente á la suma de sus horas de trabajo. Podríamos llama- rla su *parte normal*.

»Esta parte será siempre superior á lo que es necesario para vivir, y como una cantidad de cosas estarán ya gratuita- mente (?) aseguradas, no habrá peligro de un retorno á la miseria...

»Una vez las Comisiones de estadísti- ca hayan fijado el trabajo y la remunera- ción para cada individuo, repartirán el trabajo entre las diferentes asociacio- nes de oficio y se contará con ellas como reguladoras del *precio de la hora de trabajo*.

»Las corporaciones repartirán á su vez el trabajo entre los miembros que las compongan, y si alguna no dispusie- re del número de trabajadores necesario para efectuar el trabajo que se les asig- nare, se les aumentará la remuneración de la hora de trabajo» (1).



Todo esto parece muy bien imaginado al primer golpe de vista, pero mirada bien á fondo la cosa ¿qué se descubre? La desigualdad de retribuciones dará lugar á una acumulación de bonos de trabajo entre los trabajadores más fa- vorecidos por la naturaleza ó por las circunstancias.

Ahora bien, ó estos *bonos* son perso- nales ó pueden cambiarse. En el primer caso, siendo necesariamente restringida

la esfera de las necesidades, sobre todo es una sociedad de iguales, en la que todos tendrán asegurado el bienestar y en la que no habrá necesidades ficticias, la utilidad de la acumulación se detendrá muy pronto y por lo tanto, también el estímulo al trabajo pedido, más penoso ó menos atractivo.

Lo que sucedería, al contrario, dados la acumulabilidad indefinida y la capita- lización de los bonos de trabajo, salta á la vista.

Estas dificultades subsisten en todo el régimen colectivista, hecho abstracción de la proposición de Kautsky.

Se ha querido sostener que los bonos de trabajo no darán derecho sino á los objetos de consumo; pero ¿se puede esta- blecer una línea de demarcación bien neta entre aquellos y las primeras mate- rias, entre los géneros que sirven para la alimentación y la simiente? ¿Y cómo impedir una acumulación excesiva de una parte, la cual sería muy peligrosa en el momento que coincidiera con una penuria de producción de otra parte? ¡Suponemos que los socialistas no que- rrán resolver tamaña dificultad á fuerza de leyes prohibitivas é inquisitoriales! No queda otro camino que salirse de la teoría de la remuneración y del cambio é interrogar la naturaleza humana para saber si las acciones de los hombres tienen ó no verdaderamente otro móvil diferente del de esta ganancia material.

Las mismas dificultades se presentan cuando se trata de valorar las cosas, sobre todo aquellas que no pueden pro- ducirse en cantidades ilimitadas. Las Comisiones de estadística no podrán lograrlo; precisará, por lo tanto, buscar un *criterium* de valoración que se acepte universalmente.

»El excedente de salario (debido á las ventajas del terreno, fertilidad, situa- ción, etc.), ingresará en el fondo social. El *precio de las cosas* deberá deter- minarse según lo que cuesten en ser

(1) *Revue Socialiste*, 1888. Artículo de G. Renard.

producidas con los instrumentos de trabajo más ventajosos, á los cuales la necesidad del consumo obliga á recurrir» (1). ¡He aquí de que modo todos estos socialistas andan á caballo de la teoría ricardiana!

Rufferd, del cual son las palabras que acabo de citar, tiene el mérito de adoptar palabras apropiadas, como *salario*, *precio*, etc. Su sistema es muy simple: la propiedad de la tierra y de los talleres en manos del Estado, la renta y el beneficio transformados en impuestos y el capitalista convertido en funcionario.

Rectifiquemos la definición que hemos dado más arriba y digamos en conclusión: el Comunismo ó Colectivismo marxista sería el *statu quo* menos el Capitalista, y agregando la *burocracia*.



De esto á la teoría de Enrique George y de los partidarios de la nacionalización de la tierra no hay más que un paso; pero, entendámonos bien; un paso atrás...

El socialismo ha sufrido otra amputación. Del «Capital» y del mayor-valor se regresa á la tierra y á la renta; del instrumento derivado al instrumento originario. La cuestión social ni siquiera es una cuestión de organización del trabajo, sino una simple cuestión agraria.

Los economistas han continuado reduciendo el socialismo á su mínima expresión, partiendo de sus premisas para llegar á la pequeña propiedad (2). De este modo el ciclo está completo: el Socialismo concluye en la economía política—*desinit in piscem*.

(1) *Revue Socialiste*, 1888, pág. 359.

(2) Entre otros, Loria, *Della rendita fondiaria e della sua elisione naturale*, 1884.

Véase, pues, á que conduce el marxismo: á la negación del socialismo.

Así lo han comprendido muchos socialistas sinceros y esclarecidos que han intentado sacudir un yugo que duraba desde cuarenta años, procurando alejar el espectro marxista, espectro que han exorcizado con argumentos filosóficos.

Rouanet, el mismo Malon, Renard y otros, han escudriñado la doctrina filosófica del escritor alemán y han sacado á luz sus lados débiles. Pero de aquí no han pasado, como si se hubiesen espantado de su propia audacia, declarando que no osaban criticar las doctrinas económicas del *Capital*. «Poco podemos decir del economista, cuya mayor parte de las conclusiones parciales de su profundo análisis aceptamos, á pesar de la tendencia que en él predomina á generalizar demasiado, á ver leyes rigurosas y relaciones constantes allí donde no hay más que simples coincidencias (¡sic!) de hechos tendenciosos, contingentes» (1).

Por consiguiente, sin atentar á este «profundo análisis», sin corregir las susodichas «leyes rigurosas», sin hacer de un modo ú otro el proceso de la economía marxista, nada se podrá, ni se logrará demoler nunca el edificio levantado desde 1847 con el manifiesto comunista de Marx y de Engels.

Carlos Marx se colocó en el terreno económico; es necesario combatirle en este terreno (2).

(1) Rouanet, *Revue Socialiste*, 1887.

(2) La crítica del marxismo se ha hecho también en este terreno, después del estudio de Merlino, por el ruso Tcherkesoff (anarquista), por el alemán Bernstein (socialista-demócrata), por Jorge Sorel, por el mismo Merlino y otros (Graziadei, Loria, Croce, etc.).

(De *Il Pensiero*, de Roma.)



Crimen y criminales

(Continuación)

Es posible que aquí haya individuos que, teniendo dinero en el bolsillo, salieron, sin embargo, á la calle á robar más. Seguramente vosotros no sabéis con exactitud porque habéis cometido este acto, pero si consideráis esta cuestión con atención y con profundidad, os daréis cuenta que concurrían circunstancias que os impulsaron á ejecutar el acto que cometisteis. No podíais evitarlo, del mismo modo que los que no estamos aquí no podemos evitarnos las posiciones que tomamos. Los reformistas que os predicán que seais buenos para poder ser felices, y las gentes de fuera que tienen propiedades que guardar, piensan que el único modo de guardarlas consiste en levantar prisiones y encerrarlos en sus estrechas celdas durante la semana dejándoos el domingo para rogar por vuestra salvación.

Me parece que todo esto nada tiene que ver con la buena conducta. Pienso que es muy fácil ver lo que se relaciona con la buena conducta. Algunos sedicentes criminales—empleo esta palabra porque es cómoda, pero para mí nada significa; hablo de los criminales que se dejan prender para diferenciarlos de los criminales que los prenden—están en la cárcel por aquellos primeros delitos, pero las nueve décimas de vosotros estáis en la cárcel porque no tuvisteis un buen abogado, y no tuvisteis un buen abogado porque no teníais con que pagarlo. No hay peligro de que un hombre rico vaya á la cárcel.

Algunos de vosotros estáis aquí por primera vez. Si abriésemos las puertas para dejaros salir, y mantuviésemos las leyes tales cuales hoy son, algunos volverían aquí mañana mismo. A decir verdad éste es el mejor sitio para vosotros.

Los hay que están tan acostumbrados á venir, que si les dejáramos salir no sabrían donde ir. Hay individuos que nacieron con tendencia á ir á la cárcel á la menor ocasión favorable y no pueden impedir que así sea. No podéis formar vuestra vida y ver el porqué de ella. Podríamos formárnosla si todos estuviéramos en posesión de la infinita sabiduría y conociésemos todos los hechos.

En primer término, hay más individuos que van á la cárcel en invierno que en verano. ¿Por qué? ¿Es porque la gente es más mala en invierno que en verano? No; es porque en invierno el trust del carbón deja sentir su abrazo; es porque algunos señores han acaparado el carbón y á no ser que se les pague 7 ó 8 dollars la tonelada de carbón que solamente vale 3, hay que resignarse á quedar helados. No hay más remedio que entrar en la cárcel, he aquí explicado porque en invierno hay más gente encerrada que en verano. El gas cuesta más caro en invierno porque las veladas son más largas, y la gente va á la cárcel para evitarse este gasto. Las cárceles están alumbradas eléctricamente. Acaso ignorabais todo esto, pero las leyes económicas obran necesariamente, tanto si las conocemos como si no.

Cuanto más duros son los tiempos, más gente va á la cárcel, porque no tienen otro sitio donde poder ir. Es muy posible que no sepan el porqué, pero de todos modos es verdad. La gente no es más mala porque los tiempos sean más duros. La razón es otra. Es verdad el hecho de que, en todo el mundo, durante los tiempos de crisis, hay más gente que va á la cárcel que durante los tiempos prósperos, y que en invierno hay más encarcelados que en verano. Ocioso es

decir que siempre resulta duro ir á la cárcel. Las gentes que van á la cárcel son casi siempre pobres; son gente que no tiene otros recursos para vivir.

Hace mucho tiempo que Buckle, un gran filósofo y gran historiador, estudió esta cuestión y demostró que el número de individuos detenidos aumenta exactamente en proporción del aumento del precio de la carne. Cuando el precio del gas se eleva un 10 por mil, yo no se quién irá á la cárcel, pero se que un cierto número de personas irán. Cuando el

trust de la carne aumenta el precio del buey, yo no se quién va á la cárcel, pero se que un gran número de personas se ven obligadas á ir. Cuando la «Standard Oil Company» eleva el precio del aceite mineral, se que un cierto número de muchachas que son costureras y que trabajan durante muchas horas de la noche para los demás, se verán obligadas á echarse á la calle en busca de otro oficio, y se que Rockefeller y sus asociados son responsables, y no las pobres muchachas que van á la cárcel.

(Continuará.)

Elíseo Reclús

El Arte y el Pueblo

Cuando se cerró el Salón, uno de mis amigos, gran aficionado á las bellas artes, se me acercó profundamente desconsolado. Había estado enfermo, un viaje le había alejado después de París, y al volver, llegaba demasiado tarde para poder visitar la Exposición. Mi amigo se lamentaba de no haber podido admirar aquella multitud de mármoles y pinturas que tanto elogiaban las revistas especiales.

Mi amigo puede tranquilizarse. Un paseo por los senderos del bosque, sobre la hojarasca magullada, ó bien unos minutos de descanso al lado de una fuente pura, si por azar halla una á quince leguas distante de los boulevares, le consolarán de su fracasada visita al palacio de la exposición donde cada año se encierra temporalmente esto que se ha convenido en llamar las «bellas artes.»

No es que quiera murmurar de ellas. En mi infancia admiré siempre los prodigios de las ferias, las bellas que bailan sobre la cuerda floja, los malabaristas que se envuelven en una nube de platos y los prestidigitadores que transforman un reloj destrozado en un ramo de flores. Y en el Salón continuó admirando con toda candidez, como el último de los bobali-

cones, á los artistas prestidigitadores que manipulan y mezclan los colores con incomparable destreza, que casan de mil modos las sombras y los claros en inesperado guiso y logran hacer surgir del fondo negro una luz deslumbradora. Todo esto me parece muy bello, ó por mejor decir, sorprendente, y aplaudo con toda sinceridad las virtudes del pincel.

Y sin embargo, no estoy satisfecho. ¿Constituye esto el arte verdadero? ¿Se encuentra en este arte el consuelo de las penas, de las molestias de la vida diaria y de los dolores profundos que nos acompañan durante toda la vida? ¿Es que todos estos objetos pintados, esculpidos, grabados ó bordados pueden hacerme olvidar la sórdida miseria que bulle fuera del Salón, y la presencia del municipal, cabe la puerta, ó en los mismos salones, me hará olvidar acaso, que hay un arma que puede romper el cráneo del ciudadano? No, todo este arte policromo que acumula sus disparatados productos en las salas doradas que presta el Estado, no puede ser otra cosa que un arte falso, embustero, porque no es la obra de un pueblo libre.

Falta la cosa esencial á la mayor parte de los que se han fatigado para darnos

uno ó varios metros cuadrados de esta decoración de paredes; no tuvieron el entusiasmo natural y placentero que proporciona la altiva independencia. En este fárrago de cosas expuestas, ¡cuántas hay que testimonian la servidumbre moral, la vanidad, el fracaso y la cortesanía! Los retratos de los grandes hombres pululan al lado de las escenas del vicio y de la basura que hubiera sido más sencillo dejar en los chiribitiles. Al lado de estas asquerosas máquinas, toda obra verdaderamente bella queda profanada.

¡Ah! Si los pintores y los escultores fuesen libres, ninguna necesidad tendrían de encerrarse en salones. Bastaría con que reconstruyeran nuestras ciudades, que demolieran, por de pronto, estos innobles cubos de piedra en que se han amontonado los seres humanos en horrible promiscuidad, pobres y ricos; mendigos y fastuosos, famélicos y hartos, víctimas y verdugos. Quemarían todo el viejo barracón de los tiempos de la miseria en un inmenso fuego de gozo, y poquísimas serían las obras que conservarían de entre estas pretendidas labores artísticas de nuestros días.

Entre las suntuosas ciudades modernas de los Estados Unidos hay una que lleva el nombre de Syracuse, como la villa siciliana, la cual tiene la pretensión de ser un modelo por la belleza de sus monumentos. Y precisamente uno de los más nobles edificios de la ciudad americana tiene su fachada ornada con dos estatuas alegóricas que representan la Civilización y el Progreso. La primera de las dos monumentales efigies tiene, en una mano, la clásica antorcha, y en la otra una póliza de seguro contra incendios. La segunda estatua representa una señorita elegante jugando al croquet. Tales son las ideas que se forman de la humanidad civilizada y progresiva en el mundo industrial americano, tipo ideal de nuestro mundo europeo, y estas repugnantes representaciones son las

que tendrán que destrozar los artistas revolucionarios cuando principien á florecer en la tierra los días de la belleza.

Entonces las ciudades que edifiquen serán bellas, porque las construirán con amor y porque los mismos artistas serán hombres libres que trabajarán para hombres libres. En la pasada historia, los grandes períodos del arte fueron aquellos durante los cuales más se acercaron los hombres á una cierta libertad relativa, los tiempos maravillosos de la Grecia ateniense y la época de los Municipios libres, mucho antes de la vil reacción de la Reforma y del concilio de Trento. Entonces los edificios públicos eran obras de amor, concebidas con entusiasmo, acabadas con ternura, productos tan esencialmente personales como la sangre del corazón. Escultura, pintura, música y danza, trabajos del artista individual, nacieron por generación libre, del mismo modo que los trabajos colectivos, como la arquitectura y la construcción de una ciudad. Así surgieron los templos de las ciudades helénicas y las naves de la Edad media. Enteras poblaciones animadas de un mismo espíritu, arrastradas por un mismo deseo, colaboraban en la común obra que debía ser á la vez gloria de todos y placer particular de cada ciudadano. Cada uno de éstos podía reconocer la piedra que había aportado, el bajo relieve que había esculpido ó el color debido á su pincel. No había uno que no encontrase en el bello conjunto del edificio la parte en que su propio ideal de belleza había tomado su forma material.

Aun en nuestros tiempos de monopolios celosos, de propiedades mezquinamente privadas y de división del trabajo, hay momentos y ocasiones de entusiasmo público en que se ven obras realmente bellas nacidas de un movimiento de fervor popular, como las fiestas en que el mundo de los funcionarios no tomó parte y que se efectuaron con tan maravillosa

alegría, con cordialidad tan conmovedora, que su recuerdo queda perenne; como un improvisado concierto, como una escena de teatro representada con un entusiasmo de fraternidad, dejando imborrable memoria, mientras que la de las ceremonias oficiales más fastuosas no interesa sino la vanidad de los alcaldes decorados y de los bomberos que recibieron su propina.

Hombres de buena, pero impotente voluntad, intentan conciliar lo inconciliabile sin tocar á las causas del desacuerdo. Quisieran que el arte permaneciera sincero con todo y estar ligado en el artista á la necesidad de ganarse el sustento. No, lo «bello» y lo útil no pueden reconciliarse mientras los hombres no estén unidos. Dividida la sociedad en clases enemigas, forzosamente el arte tenía que ser y es falso, porque toma parte en los intereses y en las pasiones hostiles. En los ricos se convierte en fausto; en los pobres no puede ser otra cosa que imitación y engaño. Además, el dinero, forzosa preocupación de todo el mundo, vicia lo que queda de arte en unos y otros; la sinceridad y la naturalidad ceden en sus obras el lugar á la habilidad y á la «magia» del saber hacer. Ni la protección gubernamental, ni la educación artística, ni los museos, ni los concursos, ni los jueces pueden cambiar nada de todo esto. ¿Y la miseria? ¿Cómo puede ser artista un pueblo cuando los sufrimientos del hambre y de la enfermedad forzada lo afean?

«La misión del arte—dice Ruskin—consiste en embellecer al pueblo. No hay duda que existió un arte en países cuyos individuos no eran todos bellos, en que hasta sus labios eran gruesos y negra su piel porque el sol los había mirado; pero jamás lo hubo en un país de caras empalidecidas por un miserable trabajo y en que los labios de la juventud, en lugar de estar llenos de sangre, los adelgazara el hambreó los deformara el veneno.»

Un viajero inglés que ha recorrido el Oriente, nos cuenta una anécdota que permite juzgar el valor del precioso concurso ofrecido por las protecciones oficiales en el desarrollo de la ciencia y de las artes. Un alfarero, en los bordes del golfo pérsico había logrado fabricar vasos de una notable belleza. Un día el gobernador de la comarca recibió orden de enviar el alfarero á la corte. El desgraciado artista dióse enseguida cuenta de lo que iba á ocurrirle encerrado en un palacio, verdadero esclavo obligado á trabajar gratuitamente para los cortesanos y los príncipes, de quienes tendría que sufrir los caprichos y la humillación de sus consejos. Reuniendo todo el dinero que poseía fué con él al gobernador y le suplicó dijera que el alfarero había desaparecido de la comarca, que no lograba dar con él, y desde entonces el desventurado se guardó mucho de construir más que vulgar alfarería.

«El Arte es la vida,» dijo Juan Baffier, el obrero escultor que tanta pasión y placer puso en tallar en el mármol la noble y pura figura de la campesina, su madre, y la de los bravos campesinos y prudentes jardineros. ¡El Arte es la vida! Desde el momento que el trabajo apasiona, desde el momento que proporciona placer, el trabajador se convierte en artista, embellece su obra y le da un carácter de duradera universalización por la admiración de todos. Aun que no haga más que alfileres, dijo Diderot, es necesario que el trabajador esté enamorado de su oficio. Al campesino le gusta que contemplen el surco derecho y de una profundidad igual que su mano ha trazado; el arriero pone toda su gloria en medir bien el equilibrio de la carga sobre el animal y en engalanarlo con flecos; cualquier obrero que no esté envilecido y privado de su iniciativa, quiere poseer un instrumento de trabajo que sea, á más de perfecto, de agradable ver, y él mismo escoge la madera y el

metal de que se compone, lo ajusta y lo decora de ornamentos y de dibujos. Hasta aquellos mismos trabajadores cuya obra desaparece tan pronto está terminada, los segadores, los vendimiadores, no dejan de ser artistas en su modo de manejar los útiles del trabajo y se cuentan sus proezas de rapidez y de resistencia en el esfuerzo. Cada profesión tiene sus héroes, hasta en estos pequeños lugarejos que constituyen un pequeño mundo, y cada uno de estos héroes halla poetas que perpetúan su renombre, sobre todo durante las largas noches invernales, cuando las llamas calientan el hogar y con su luz dan á todas las cosas la impresión del misterio y de la intimidad. De estos humildes hogares del arte primitivo han salido nuestras epopeyas y nuestras arquitecturas, y mientras subsistan lugares pacíficos para el trabajo placentero, como éstos, tenemos confianza en el porvenir del arte. De esta célula inicial acaso salga la ciudad del porvenir.

Y no es únicamente la restauración y embellecimiento de nuestras ciudades lo que esperamos del hombre convertido por la libertad en artista; contamos con él para que renueve la belleza de las campañas adaptando todas sus obras al ambiente de la naturaleza de modo que nazca, entre la tierra y el hombre, una armonía dulce á la mirada y reconfortadora de los espíritus. Admirables de belleza pueden ser hasta los grandes edificios tan sólo con que los constructores comprendan el carácter del sitio de su emplazamiento y que la obra del hombre

esté de acuerdo con el trabajo geológico de los siglos en un armonioso conjunto. De este modo un templo griego desarrolla y adorna, si así puede decirse, los contornos del peñasco sobre el cual se asienta, formando de él parte integrante, y dándole un sentido más elevado, lo transforma, lo glorifica y lo armoniza con un ideal superior del hombre. En cambio hay cumbres que profanarían las aristas de cualquier monumento, y sentimos una verdadera impresión de asco cuando vemos que arquitectos insolentes pagados por hoteleros sin pudor, se han atrevido á edificar enormes bloques rectangulares cuajados de simétricas ventanas y coronados de humeantes chimeneas, enfrente de soberbios picos de granito, en medio de campos de inmaculada nieve ó al lado de ríos de azulado hielo que serpentean en los valles de las montañas. De este modo los hombres han afeado muchos paisajes grandiosos de Suiza y de otras comarcas, sin tener en cuenta que los amantes del misterio de la naturaleza se alejan con repugnancia de la multitud chillona y estúpida que se lanza al asalto de los peñascos del Zermatt y van á buscar los apartados lugares que no ha manchado aún la moda banal.

La Tierra es infinitamente bella, pero para asociarnos á su belleza, para glorificarla por medio de un arte respetuoso, no hay otro modo que libertarse, lanzar la definitiva revolución contra el dinero y abolir la «lucha de clases» suprimiéndolas.

(Del *Almanach de la Révolution*, 1904, París.)

Letras de todas partes

La Revista Blanca, de Madrid, ha comenzado á publicar el estudio de Juan Marestan, *La Decadencia del Anarquismo*, que insertó *Le Libertaire*, de París. El autor, un anarquista francés muy conocido, examina las diversas fases del movimiento anarquista desde 1890 hasta nuestros días, y de este examen saca la

conclusión que el anarquismo atraviesa presentemente un período de decadencia. Hace observar que las primeras divisiones entre los anarquistas fueron producidas por los actos de Ravachol y de Henry; después vinieron los individualistas, los stirnerianos, los cooperativistas, los sindicalistas, los teóricos organi-

zadores de universidades populares, los partidarios de las elecciones, los organizadores, los naturistas, los anarquistas cristianos, etc. Enfrente de tanta confusión de ideas el autor ha creído oportuno consultar á los anarquistas de todos los países para saber su parecer.

La Federación, de Madrid, publica íntegra la Conferencia que D. Joaquín Dicenta dió en el Centro de Sociedades de Dependientes del Comercio. El conferenciante se regocija del despertar de dichas sociedades y hace en brillantes párrafos la apología de las fuerzas vivas de un proletariado que, con sus luchas, prepara la sociedad del porvenir, de la que espera formar parte cuanto antes.

Il Libero Pensiero Internazionale, de Milán, publica en su segundo número un artículo sobre el fundamento legal del acuerdo suspensivo tomado por el Municipio de Milán en méritos de la enseñanza religiosa en las escuelas; noticias de Barcelona y de varias regiones de Italia é informaciones diversas sobre el movimiento anticlerical en Francia, España y otros países.

Il Pensiero, de Roma, publica un artículo literario de Ibsen, en el que su autor invoca por lo menos diez veces el nombre de Dios. No sabemos de que Dios se trata, ya que Ibsen no es cristiano ni católico. Seguramente habrá inventado un dios simbólico para contentar á los coleccionistas, como dice el *Pensiero*, ó por la fuerza del consonante de aquel literato que llamaba blancas á las hormigas lo traería á colación sin saber lo que se hacía.

Un dios más que agregar al católico de Santo Tomás, al luterano de los protestantes, al anárquico cristiano de Tolstoi, al socialista de Fourier y al republicano de Mazzini. ¡Tienen, á veces, unas cosas y unos ilogismos los artistas y literatos!

Un artículo de Kropotkin, *En el mundo obrero*, en que su autor hace resaltar el nuevo despertar del movimiento obrero, muy parecido al del período de la Internacional por el ardor y entusiasmo de la juventud, y, sobre todo, por la orientación netamente revolucionaria, antiparlamentarista que asume.

Pedro Quillard, en su estudio *Hispania docet*, hace historia del movimiento huelguista minero de Bilbao, poniendo de relieve la ventaja del método revolucionario que dió la victoria á aquellos huelguistas.

Pablo Iglesias, en *Il Socialismo*, de Roma, que dirige E. Ferri, da por fracasadas «todas» las huelgas provocadas (?) por los anarquistas, presenta á éstos como profundamente desilusionados, y, como consecuencia de aquella su actitud revolucionaria, describe á su modo una pretendida desorganización é impotencia de los obreros, desorganización que no sabemos ver después de la victoria obtenida por los huelguistas mineros de Bilbao, comarca en que imperaban los elementos legalitarios. Pablo Iglesias pone empeño, en su información, en sacar á flote el método legalista y parlamentarista patrocinado en España por el partido de que él es jefe, y para convencer á los extranjeros, enumera los votos obtenidos en las últimas elecciones que no llevaron ni un diputado al Parlamento. El jefe del partido obrero incurre en el olvido, cuando afirma, en su información, que los obreros han abandonado á los anarquistas, que éstos sostienen en España un periódico diario cuyo sostén contradice aquel abandono, aquella desilusión y aquella impotencia de que nos habla en su estudio informativo.

Enrique Lonca, en la citada revista, preconiza una organización revolucionaria del proletariado como partido de clase, enfrente del método legalista y parlamentario. El autor se apoya en el hecho de que el reformismo político es impotente para hacer abdicar á la burguesía y hace historia de todas las reformas y legislaciones sociales que, patrocinadas primero por los partidos radicales y aceptadas después por la burguesía, han sido desnaturalizadas y falseadas á beneficio de ésta y aún han remachado, algunas, el clavo de la esclavitud obrera.

Recibido:

El Ateneo Obrero de Badalona, revista mensual; *A Lanterna*, de San Paulo, organo anticlerical; *La Protesta Humana*, de Buenos Aires; *Natura*, de Montevideo, que propaga el Método Natural de Vida.

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne fara il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

NATURA will do a critical examination of all receipt books, pamphlets and reviews.